

XAVIER GÜELL

# Cuarteto de la guerra

I. Si no puedes, yo respiraré por ti

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2021

© Xavier Güell, 2021  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 145-2021  
ISBN: 978-84-18218-51-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

## Nota del autor

Este libro no es historia en el sentido en el que utiliza este término el historiador. Las necesidades dramáticas han hecho necesario concentrar en un reducido número a los múltiples personajes que rodearon a nuestro protagonista en los cinco últimos años de su vida. El destino de todos ellos es exactamente el de su modelo histórico, y no hay ninguno que no desempeñara en la vida real un papel parecido y, en ocasiones idéntico. Sin embargo, los personajes de este libro son creaciones mías, dibujadas –lo mejor que he podido– de acuerdo con testimonios, cartas y documentos de la época, así como con la ingente bibliografía a la que he tenido acceso. Por otra parte, la cronología de los hechos sigue con fidelidad absoluta la realidad.

I

«¿Debe ser? Debe ser.»

**16 de octubre de 1940:** el gobernador general alemán de Polonia, Hans Frank, establece en Varsovia el gueto judío más grande de Europa. La RAF bombardea la base alemana de Kiel. **18 de octubre:** los británicos reabren la carretera de Birmania para que China, en su guerra contra Japón, pueda volver a recibir suministros a través de esta importante vía. **19 de octubre:** submarinos alemanes hunden en el Atlántico treinta y dos barcos británicos. **21 de octubre:** bombardeo nocturno de Londres, Liverpool, Coventry y Birmingham por parte de la aviación alemana. **23 de octubre:** Hitler y Franco se entrevistan en Hendaya. **26 de octubre:** la Alemania nazi comienza sus preparativos para una campaña contra la Unión Soviética. **27 de octubre:** Mussolini informa por carta a Hitler de su intención de atacar Grecia. **28 de octubre:** Mussolini manda un ultimátum al dictador griego Ioannis Metaxás en el que le exige la entrega de plazas estratégicas. Ante su negativa, Italia invade Grecia.

Al transatlántico norteamericano *Excalibur*, que hacía el trayecto de Lisboa a Nueva York con escalas en las Azores y las Bermudas, le quedaban pocos meses de actividad antes de ser vendido para el desguace. Era un buque de acero remachado de ochenta metros de largo y doce de ancho con dos chimeneas, construido más de treinta años atrás en los astilleros New York Shipbuilding Corporation de Camden, en Nueva Jersey. Sus casi cuatro mil toneladas y dos grupos de turbinas alimen-

tados por ocho calderas generaban una potencia de doce mil caballos y le permitían transportar a cuarenta pasajeros en primera clase, sesenta y dos, en segunda, y ciento veintitrés, en tercera, además de los treinta miembros de la tripulación. En sus buenos tiempos llegó a alcanzar una velocidad media de casi veinte nudos y cruzaba el Atlántico en ocho días, aunque ahora, debido a su deterioro, a duras penas podía hacerlo en diez. Sin embargo, lo peor era que su sistema de radar estaba anticuado y tenía dificultades para detectar las minas. El capitán era consciente de ese riesgo y navegaba en zigzag, con objeto de evitar las rutas no ordinarias. Aun así existía el peligro de ser torpedeado por un submarino que no respetase el Convenio de Ginebra, el cual prohibía atacar blancos navales sin antes confirmar su naturaleza y nacionalidad.

Pese a todo, el *Excalibur* mantenía parte de su antiguo esplendor: los salones conservaban las maderas de cerezo y roble de Hungría, el comedor estaba tapizado con sedas chinas e indias, y algunos camarotes disponían de cuarto de baño con mármol de Carrara. Lo demás distaba mucho de las glorias pasadas: los miembros de la tripulación, menguados por la guerra, no daban abasto para atender a tantos pasajeros, las instalaciones fallaban, la calefacción casi nunca funcionaba y las provisiones eran escasas y hacía falta racionarlas. La única comida diaria, servida a los pasajeros de primera y segunda clase, provocaba grandes colas, y cuando los rezagados accedían al comedor se encontraban con la cocina cerrada. Los de tercera, paradójicamente más afortunados, se preparaban la comida en los entrepuentes. Ahí intercambiaban pan, vino, embutidos, bacalao y fruta, con la camaradería que acompaña a esos momentos de esperanza, previos al desembarco en el Nuevo Mundo.

En la mañana del 28 de octubre de 1940, la vida en el *Excalibur* transcurría tranquila. El tiempo era relativamente bueno y, a pesar de que el parte meteorológico había anunciado que pronto empeoraría, el capitán mantenía un rumbo firme y es-

peraba atracar en el puerto de Nueva York en menos de cuarenta y ocho horas. El mar tenía el color grisáceo de la piedra debido a que las corrientes habían amainado su curso y una calma inusual iluminaba los tonos del agua. Sin embargo, el océano transmitía una tensión contenida y la tormenta no tardaría en llegar.

Un hombre al que siempre le habían gustado las tempestades estaba apoyado en una de las barandas de la cubierta de estribor. Pronto cumpliría sesenta años. Era pequeño, bien parecido, de piel muy blanca, rasgos afilados y unas pupilas tan penetrantes que infundían respeto y a veces también temor. A pesar de su aspecto frágil, balanceaba la cabeza con aire decidido, aunque su boca tenía un rictus de abatimiento; no, no era exactamente eso, sino más bien de una cierta vacilación ante algo que lo atormentaba y no sabía cómo afrontar. El viento le obligaba a entrecerrar los ojos, el peso del aire le saturaba el pecho, y las manos, de dedos muy delgados, agarraban la barandilla con una fuerza extraordinaria; los que lo habían visto tocar el piano sabían que sus movimientos recordaban a las garras de la pantera justo en el momento de saltar sobre su presa.

De pie sobre la cubierta del *Excalibur*, envuelto en un abrigo de lana gruesa, Béla Bartók se giró para observar el rostro apesadumbrado de su mujer.

Cuando se casaron –de eso hacía ya más de tres lustros–, él tenía cuarenta y dos años y ella acababa de cumplir los diecinueve. A Bartók siempre le habían gustado las adolescentes y más si eran alumnas suyas. No se trataba de una debilidad: él no era un seductor, se escandalizaba al pensar que podía dar esa impresión. Pero amaba el potencial de las adolescentes: espíritus frescos y jóvenes cuerpos a los cuales poder moldear a su gusto. No obstante, su personalidad era tan potente, sus arrebatos, tan exaltados, sus silencios, tan abrumadores, que las cándidas almas que caían en sus redes –y no habían sido pocas, dado el poder manifiesto que con frecuencia ejercía– no podían soportar la presión y acababan por huir.

Con su primera mujer, Márta Ziegler, la madre de su hijo mayor Béla, había vivido durante cinco años, si bien en los tres últimos su relación no pasó de una fraternal amistad. Sin embargo, en Edith Pászory, Ditta, como todos la llamaban, encontró por fin a la compañera que tanto había buscado. No solo se trataba de una muchacha hermosa con un carácter fuerte y una voluntad de hierro, sino que con el tiempo se convirtió además en una de sus mejores discípulas, hasta el punto de formar con ella un dúo de piano con el cual habían dado conciertos en buena parte de Europa.

Esa mañana en el *Excalibur*, Ditta llevaba un vestido de lana del mismo color que sus mejillas, un chaquetón de piel bien abrochado hasta el cuello y un pañuelo con dibujos geométricos que le cubría la cabeza. Aunque seguía siendo delgada, las piernas se le habían vuelto un poco más pesadas, los rasgos de la cara, algo más afilados, y en el cabello se distinguía ya algún que otro reflejo plateado; para quienes la conocían, su fisonomía expresaba dulzura y determinación. «Una mujer admirable que siente devoción por su marido», solían decir de ella.

—No sé por qué te he seguido en esta huida, Béla. En dos días estaremos en Nueva York. Me cuesta hacerme a la idea de que todo va a cambiar.

Con pocas ganas de iniciar una conversación que se había repetido muchas veces desde que partieron de Budapest, Bartók contestó con un tono apagado:

—Créeme, Ditta, no teníamos otra alternativa que emigrar.

—¿No la teníamos? En Hungría las cosas estaban mal pero, por lo menos de momento, no corríamos peligro.

—Eso vale para nuestros hijos, no para nosotros.

Ditta cerró los ojos y respiró hondo para tranquilizarse. Tenía los pies y la nariz helados. Se sentía indefensa, empequeñecida en medio de una inmensidad que la abrumaba.

Cerca de donde estaban, unos cuantos pasajeros se protegían del frío con gruesas prendas de abrigo. Como ellos, habían sali-

do para respirar aire fresco. Un grumete con aspecto de monaguillo tocó la campana para avisar de que el comedor estaba abierto.

No llovía, pero la humedad se adhería a la piel.

–Este viaje es un salto a lo desconocido para huir de una certeza que se ha hecho insoportable –dijo Bartók, sin apenas mover los labios.

–¿Qué certeza es esa?

–Tarde o temprano hubiéramos tenido que transigir con los nazis.

–Zoltán Kodály me dijo que no debíamos huir, que teníamos que aguantar y luchar para que las cosas mejoraran en nuestro país...

–Se equivoca –le interrumpió Bartók con una expresión dura–. Estoy seguro de que todo va a empeorar cada vez más rápido. Hungría es hoy un títere al servicio de Alemania. La mayor parte de la población es miembro del partido nazi, y eso es algo que me avergüenza en lo más profundo. Tú y yo sabemos que es probable que no pueda regresar. No quiero tener nada que ver con esa Hungría, por eso lo he dejado claro en mi testamento: nada de funerales ni homenajes; ninguna calle, plaza o edificio público debe llevar mi nombre mientras Horthy, Hitler y Mussolini sigan en el poder. ¿Recuerdas lo que escribió Beethoven?: *Muss es sein? Es muss sein*. ¿Debe ser? Debe ser.

El viaje estaba siendo más largo y cansado de lo previsto. Habían salido de su casa en la avenida Csalán de Budapest el 13 de octubre para coger el tren a Ginebra vía Milán; después atravesaron Francia en autocar hasta Portbou, la frontera franco-española, y desde ahí cruzaron la península Ibérica. El 19 por la tarde, en el tren portugués, se enteraron de que el barco no salía el 23 como pensaban, sino el 20. Llegaron a Lisboa exhaustos, a la una y media de la madrugada. Durante más de dos horas recorrieron las calles para encontrar una habitación donde poder descansar un rato. Todos los hoteles es-



taban completos. Noche al raso en un parque de la ciudad hasta la mañana siguiente. Colas para acceder al barco. Rostros que expresaban más temor que esperanza.

La fatiga de la que Bartók se había quejado durante esos días parecía haber remitido. Los dolores en la espalda eran menos intensos y ya no tenía ese ardor de estómago que tanto lo había atormentado desde que salieron. Se subió la solapa del abrigo y se caló el sombrero hasta las cejas por miedo a que el viento se lo llevase.

Ditta lo observaba; desde hacía años lo observaba de ese modo: a hurtadillas, con nuevos matices en su mirada. Ninguno de los dos manifestaba apenas sus estados de ánimo. Un simple estremecimiento, un brillo fugaz en las pupilas era más que suficiente.

A medida que la mañana avanzaba, el cielo gris se oscurecía. Ya habían encendido las luces del barco. Ditta miró el reloj: la una menos cuarto. El minuterero vibraba dentro de la esfera. Sus ojos se humedecieron; suspiró aguzando el oído ante un repentino bullicio interior. Recordó cómo durante el invierno, en su casa de la avenida Csalán, a menudo se preguntaba si su marido se levantaría para coger los leños de la cesta y los pondría en la chimenea. Ambos se habían acostumbrado al calor del hogar, lo disfrutaban hasta que la piel enrojecía y se veían obligados a alejarse del fuego. Con una sonrisa en los labios, él la miraba a través de los párpados entornados. La sonrisa se hacía más amplia. Ya no estaba dirigida a ella, tampoco a las llamas, sino a una idea que se le acababa de ocurrir.

«La, do, re, fa sostenido...»

Ditta sacaba del bolsillo una pequeña libreta. La tapa era roja y en un bucle de cuero había insertado un lapicero.

«Sí, ya está; ¿qué más?»

Escribía con una caligrafía pequeña, ovalada, un poco puntiaguda en la parte superior de las notas. Esa era su vida. No la cambiaría por nada del mundo.

Pero ahora estaba rota por dentro. Había tenido que abandonar a su hijo Peter en Budapest y desde que se habían marchado no dejaba de reprochárselo.

–Tu madre nunca hubiera permitido que nos fuéramos sin Peter –dijo con la cara encendida por el roce del viento.

–No te preocupes, su hermano se ocupará de él. Podrán venir en cuanto las cosas mejoren.

Ella lo miró. Sus ojos cambiaban de color cuando se enfurecían.

–Acabas de decir que las cosas no van a mejorar, sino todo lo contrario. ¿Por qué te contradices?

–Peter tiene dieciséis años, todavía no ha hecho el servicio militar y no le iban a permitir abandonar Hungría. Además, alguien tenía que quedarse en casa para guardar mis archivos. Sabes lo importantes que son para mí.

–¿Y tu hijo no es importante?

Es verdad que su madre nunca hubiera permitido que se fueran sin Peter. Bartók la echaba de menos. ¿Por qué no se había ocupado más de ella? ¿Por qué se había resistido tantas veces a seguir sus consejos? Ahora lo lamentaba, pero ya era tarde. Sin su madre jamás hubiera llegado a ser compositor. De ella había aprendido música antes de hablar. Al cumplir tres años, le regaló un tambor y, cuando ella tocaba el piano, él le marcaba el ritmo. Sin equivocarse nunca, pasaba de un compás de tres por cuatro a otro de cuatro por cuatro con naturalidad. Tenía oído absoluto. Podía escuchar una melodía, la que fuera, y reproducirla sin error incluso varios días después. A veces, en las fiestas de Nagyszentmiklós, su pueblo natal, situado en la gran planicie húngara a igual distancia de Szeged, Temesvár y Arad, llegaban músicos ambulantes que tocaban danzas populares, y él los escuchaba con tal concentración que asombraba a todos. La música entraba en su cuerpo y se sentía flotar. Era una sensación de ingravidez que no experimentaba con ninguna otra cosa, como si no solo él mismo, sino también las personas que lo rodeaban perdieran de repente su aparien-

cia, su forma, su color. Pronto descubrió que la música podía expresar aquello que no era posible decir con palabras. No estaba de acuerdo con el final del *Tractatus* de Wittgenstein: «De lo que no se puede hablar hay que callar»; según él, Wittgenstein debería haber escrito: «De lo que no se puede hablar se puede hacer música». Sí, estaba seguro de que la música era lo único que permitía al ser humano comprender que el tiempo anterior al nacimiento y el posterior a la muerte eran idénticos. La primera cualidad de la música era abolir el yo; la segunda, trascender toda realidad empírica.

Bartók miró a su mujer sin atreverse a decir lo que estaba pensando, pero ella lo intuyó del mismo modo que un buen jugador de ajedrez prevé el movimiento de su contrincante. Debería darle ánimos, decirle que confiase en sí mismo, que era uno de los mejores compositores de su tiempo y que no tenía nada que temer, pero también ella dudaba. Sus músculos se agarrotaron y una sensación de vértigo la obligó a guardar silencio.

De pronto el mar, sin ondulaciones, sin un solo rizo, respiró lenta, profundamente y ese movimiento insensible incomodó a Bartók más que el ímpetu del oleaje.

Su primer viaje a América –de eso hacía más de diez años– no había ido bien. Las orquestas se mostraron hostiles, las salas estaban medio vacías, las críticas fueron frías, el público se sintió decepcionado ante una música que no respondía a sus expectativas y los modestos honorarios, después de pagar los gastos y al agente, quedaron reducidos a menos de la mitad. En el Carnegie Hall de Nueva York, tras un ensayo general desastroso con la Filarmónica, dirigida por Willem Mengelberg, como consecuencia de los innumerables errores en los materiales de orquesta, tuvo que sustituir el *Primer Concierto para piano* por la *Rapsodia*, una obra primeriza que no estaba a la altura de la modernidad conseguida en sus composiciones posteriores.

Bartók tenía las manos heladas. Las juntó y sopló sobre ellas. El vaho producido por su aliento era más denso que el humo de un cigarrillo. Llevaba tiempo sin fumar. Los médicos se lo habían

prohibido pero, ahora, un pitillo de vez en cuando era la única manera de tranquilizarse. Sacó del bolsillo un Gauloise y una caja de cerillas. Las manos le temblaban y se vio obligado a hacer varios intentos para encenderlo, pues las cerillas no tenían tiempo de prender. Al final lo consiguió, aunque el Gauloise –había comprado un paquete en una de las paradas del autocar al atravesar Francia– le supo a cola y a otras cosas, pero no a lo que debía saber. Le zumbaba la cabeza, los párpados le pesaban y tenía mal sabor de boca. Dio una larga calada para intentar recuperar el aroma, sin conseguirlo, acabó por desistir y tiró el cigarrillo al suelo.

–¿Quién sabe? –dijo con un tono más energético–. Quizás esta vez tengamos suerte y las cosas nos vayan mejor de lo que pensamos. Mis alumnos Fritz Reiner y Eugene Ormandy son dos de los mejores directores de orquesta en Norteamérica y no dudo de que podrán ayudarnos. Además, la *Música para cuerda, percusión y celesta* y el *Divertimento* que he compuesto para la Fundación Paul Sacher han tenido un gran éxito en Europa y espero que lo tengan también en América...

De pronto se interrumpió; Ditta pensó que le iba a dictar una nueva melodía y extrajo de su bolsillo un bloc de notas; él movió la cabeza para dar a entender que no se trataba de eso y, con aire de impotencia, exclamó:

–¡¿Dónde estará nuestro equipaje?! Qué mala suerte hemos tenido. No puedo dejar de pensar en eso.

–A lo mejor es una señal –dijo Ditta con un ligero temblor en los labios.

–¿Una señal de qué?

–No sé; me resulta difícil explicarlo... Algo que nos dice que debemos estar preparados para lo que pueda venir y que nada va a ser fácil. Dejar a Peter en Budapest ha supuesto para mí un desgarró. Me siento vacía, como si me hubieran arrancado una parte de mí misma.

El viento escupía jirones de niebla sobre el casco del barco; a ratos, las ráfagas de aire rugían de tal modo que las maderas de la cubierta castañeaban como los dientes de un anciano. Bartók

pasó el brazo sobre el hombro de su mujer y con voz apesadumbrada dijo:

–No me puedo quitar de la cabeza la cara de aquel individuo en la aduana española.

¡Trescientos diez kilos de equipaje perdidos en algún lugar de España! Carecer de su ropa y objetos personales era lo de menos para Bartók –no así para Ditta–, pero ahí estaban también sus colecciones de insectos y mariposas, sus partituras y libros, transcripciones de música árabe, serbia, eslovaca, turca, búlgara y rumana, así como el manuscrito autógrafo del *Segundo Concierto para piano* de Brahms. Perder las más de mil transcripciones de música popular que llevaba a Nueva York para publicarlas era una tragedia. Con el propósito de descubrir ese material que había pervivido puro en su tradición, sin influencias externas, había tenido que viajar a los lugares más remotos de Europa oriental, Turquía, Arabia y el norte de África, y convencer a los campesinos más ancianos para que le cantaran las melodías que habían aprendido de sus abuelos y estos, de los suyos; unas canciones transmitidas de generación en generación que los jóvenes ya no querían aprender. Pero esos viejos aldeanos se mostraban reacios, desconfiaban de él, recelaban del fonógrafo que llevaba para grabarlos, un aparato que no habían visto en su vida. Tuvo que hacer gala de una paciencia infinita: aprender su lengua, vivir con ellos durante meses en pueblos miserables para ganarse su amistad. Al final consiguió convencerlos. Y ese trabajo, a pesar de todas las fatigas, le había procurado una dicha inigualable. Los días más felices de su vida los pasó entre esos viejos campesinos. A ellos les debía buena parte de lo que era como compositor.

–Aquel tipo en el control de aduanas de Portbou me dio mala espina –dijo Bartók, recordando su llegada a la frontera española–. Cuando la mala fe y la incompetencia se juntan, estás perdido. ¿Recuerdas su expresión?

–Sí, era desagradable; le colgaba una colilla de los labios, que babeaban.

Esos labios les dijeron que el equipaje, al exceder el peso permitido, no podía viajar con ellos. Con su precario español, Bartók suplicó, ofreció dinero. No sirvió de nada. El equipaje se enviaría por conducto ordinario. Debían bajar del tren en Badajoz –no en Valencia, como se indicaba en sus documentos– y esperar cinco días hasta que llegara. Eso significaba perder el barco. En Badajoz, un aduanero que hablaba un poco de francés les dijo que no se preocuparan, que cuando llegaran sus baúles se expedirían directamente a Lisboa y desde ahí a Nueva York por barco. ¿Qué podían hacer?

–España se ha vuelto un lugar inhóspito; parece que lo único que quieren sea ahuyentar a los extranjeros. No tiene nada que ver con el país que conocí hace años. San Sebastián, Oviedo, Barcelona... Por otro lado, el flamenco es formidable. Ojalá tenga tiempo de estudiarlo algún día.

Ditta intentó tranquilizarse y tranquilizarlo. No consiguió ni una cosa ni la otra. Los dos tenían motivos para sentirse desolados. Ella por haberse visto obligada a dejar a Peter en Budapest, él, por haber perdido sus manuscritos. Sus rostros contraídos reflejaban temor, desconcierto, desamparo. La incertidumbre se unía a la nostalgia. Estaban cada vez más lejos del hogar, de los hijos, cada vez más cerca de un futuro que se abría ante ellos con la impertinencia de un intruso no deseado.

Eran las dos y cuarto de la tarde. Vieron a algunos viajeros, mareados por el mal tiempo, dirigirse despacio hacia sus camarotes. Ellos disponían aún de dos días para disfrutar del océano antes de que el *Excalibur* atracase en el puerto de Nueva York. Dos días y una noche. Sí, esa iba a ser la última noche de la travesía y el capitán los había invitado a cenar, junto a otros pasajeros destacados. Tenían tiempo, todo el tiempo del mundo, ya que no iban a poder cambiarse para la cena; a Bartók eso no le importaba, pero a Ditta, sí.